

aquí por un médico al que se conocía por el médico de Balazote y que ha visto de esta comarca tantos enfermos como el de Villarta y tal vez más que el pastor de Manzanares. Y para que veamos lo que son las cosas, se entusiasmó, se fue a la capital y se eclipsó, haciendo ya años que no se oye nada de él, pero Balazote tiene sobre todo un motivo de recuerdo perenne en la mente de todos los arqueólogos y un puesto a perpetuidad en el mundo científico, por haberse descubierto en sus terrenos y llevar su nombre la conocida Bicha de Balazote, escultura primitiva, anterior a la Era Cristiana —del siglo V al IV— que representa un toro con cabeza humana y corresponde a los yacimientos del Cerro de los Santos, como la Gran Dama y la Cabeza de Cánovas que los sabios consideran anteriores a los Toros de Guisando, la Dama de Elche y otras esculturas primitivas. La Bicha de Balazote se conserva en el Museo Arqueológico Nacional

Fructuoso también fue aquí, como Núñez, jefe de noche y jefe de reserva en Vadollano y en Baidés, ocho años, durante los cuales sucedió allí, en presencia del nieto Frutos, un hecho que conforta por el buen fondo de estos hombres. Iba con el rápido de Zaragoza Manolo Aroca, se hirió en una mano y paró el tren para que lo curaran. Dentro del tren iba Nicanor Villalta con su cuadrilla que tenía que actuar aquella tarde en Zaragoza con motivo de las corridas del Pilar. Al ver que el tren no arrancaba bajó al andén y como el tiempo perdido le impediría llegar a la hora de la corrida, se acercó al grupo en que estaba el maquinista y le dijo quien era y el compromiso tan grande que tenía, contestándole Manolo:

—No se apure usted que a la hora entraremos en Zaragoza.

Y así fue.

Villalta fue a darle las gracias y a decirle que cuando él torease, donde fuera, tenía la entrada gratis. Y como toreó tanto en Madrid, Manolo fue a muchas corridas invitado por su ya amigo Nicanor.

Como prueba de lo que fueron el respeto y las costumbres de aquella época, aún en las personas más bromistas, se recuerda que el Jefe del Depósito, francés, muy serio, le dijo a Fructuoso que en uno de los viajes fuera a cierta tienda de Madrid y pidiera un kilo de queso del que él gastaba.

Al ver el queso agusanado Fructuoso dijo que no se atrevía a traerlo, pero el tendero respondió que aquél era el queso que le gustaba a dicho señor. Lo trajo y al llegar se lo dio al ordenanza. Al día siguiente se encontró con el Jefe en el Depósito y al verlo le dijo:

—¡Vaya queso que me ha traído!

Fructuoso creyó que era por lo de los gusanos y contestó:

—Mire usted, no se ha perdido nada, yo se lo abono y en paz de la cuenta; ahora que cuando vuelva a Madrid me va a oír el tendero.

—Pero si es tan bueno, que lo que quiero es que me traiga más el próximo viaje.

Respiró Fructuoso, pues estaba temblando por su supuesta equivocación.